

Mi primera predicación ante María Santísima de la Candelaria.

Me solicitan que comparta con vosotros mis impresiones sobre la predicación del triduo. Agradezco la invitación y solicito vuestras disculpas de antemano por si no sé expresarme convenientemente. O por si me alargo más de la cuenta. Siempre cabe presentar este texto por capítulos, ¡como las novelas!

1- Empiezo por una confidencia.

Cuando llego a una Parroquia le pido a Dios querer a la gente, a la porción del pueblo de Dios que Él me confía. Y también, no tener prisas.

Pongo en Él mi deseo de ser uno más, con conciencia de pertenencia a ese pueblo de Dios al que intento servir sin eludir mi responsabilidad, de reconocermelo como un peregrino que recorre acompañado un mismo sendero.

Le pido amar el rostro de la comunidad cristiana a la que pretendo servir, aprender de los testimonios de fe, esperanza y caridad de la nueva familia a la que me uno. Le pido amar la realidad concreta que me encuentro, con sus luces y sus sombras.

Le ruego que sepa ir sembrándome día a día. Disfrutando de lo pequeño como algo grande, de lo pequeño como camino para descubrirlo, como alguien que me sale al paso en la vida de los demás.

Le manifiesto a Dios mi deseo de ser cauce de su amor para todos, especialmente, para aquellos cuyas existencias están más marcadas por el dolor. Ser palabra y gesto que prolongue su amor y que lleve a Él.

A vosotros, os ruego que recéis por mi para sostenerme en mi empeño.

2- Mi disposición interior ante el Triduo.

Cuando uno llega a un lugar desconocido todo es nuevo. Me preguntaba cómo sería la asistencia, si el rostro de la asamblea sería mayor o menor, si participarían más o menos jóvenes además del cuerpo de acólitos, si celebraría con mayor o menor sosiego, con prisas o sin prisas para acabar a una determinada hora, etc.

Sólo tenía una seguridad previa. Que el presbiterio estaba sólidamente montado y que sería seguro. Que estéticamente sería ¡de diez! Que nuestra

imagen de María ocuparía un lugar destacado, resaltando su belleza. Su ubicación mostraría su deseo de acompañarnos llevándonos a su Hijo.

A partir de ahí, ¡a observar y a realizar mi labor sacerdotal!

No sé explicar la razón, pero me encontraba interiormente un tanto agitado. Tal vez fuera mi deseo de llegar a todos, de entrar con buen pie en la vida de la Parroquia, de la Hermandad, para posibilitar futuras siembras evangélicas.

Le he pedido a Dios no quedarme en el “éxito” a ras de tierra, no vivir de aprobaciones o felicitaciones. No cabe duda que, cuando te diriges a una asamblea tan heterogénea (madres con niños, jóvenes y adultos, personas de distintas procedencias de Sevilla e incluso de fuera de nuestra ciudad), te agrada que todo salga bien y que las homilias tengan contenido y alimenten la fe, no cansando o aburriendo por ser largas, o más o menos acertadas en el fondo y en la forma.

¡Estos temores o miedos se disiparon!

Durante estos días, en el silencio de mi oración, a María le he confiado que mis palabras y gestos de esos días, mi manera de celebrar la fe, llevara – como ella lo hizo- a Jesucristo. Y al Señor, que hubiera indicios que pudiera interpretar como señales de su presencia conmigo para todos. Y estos se dieron.

Estas jornadas del triduo he aprendido mucho de las personas que se han acercado al sacramento del perdón. De sus deseos de vivir en Dios, de querer tenerlo cerca para seguir adelante, de su conciencia de pequeñez ante su amor, de su necesidad de acudir al sacramento para recibir su perdón, del cambio del corazón que obra el vivir desde Dios y que se traduce en comportamientos más evangélicos...

Todas ellas me han ayudado a vivir conscientemente lo que soy como sacerdote y para lo que estoy. A través de estos encuentros con rostros y situaciones concretas, he recibido palabras de cercanía que me han confortado y que me han sostenido, sabiendo unir la persona concreta de Ángel al sacerdote que es Ángel.

La presencia de los jóvenes acólitos, con el ánimo y la ilusión que transmiten, me ha llevado a presentarle al Señor un ruego: que el corazón de estos jóvenes, y de todos los de la Hermandad, esté siempre abierto a Dios.

Que, como María presentó a Jesús en el templo a Dios, ellos también le presenten a Dios sus vidas y las de sus familias. Que sus vidas siembren un mundo donde haya más verdad, más bien, más paz y alegría. Que reconozcan a la Iglesia como madre que los acompaña y que todos sepamos acompañarlos en el camino de su madurez humana y cristiana.

3- Mi “cuarto día” del triduo.

¡Ah! La oración ante la bendita imagen de María fue como una prolongación de la predicación del triduo. Además de poner de manifiesto que me voy haciendo mayor y que veo menos, o que necesito más luz eléctrica, fue un rato de intensidad espiritual. Todos unidos teniéndola a ella en el centro de nuestras miradas. María reunida con nosotros, con la Iglesia que peregrina en la fe, con la humanidad que llora y que ríe, con las existencias de cada uno que sabemos que Dios no quita ni resta nada de cuanto nos hace personas, sino que lleva en Jesucristo a su plenitud nuestra humanidad.

Fue emocionante el oír esos cantos tan hermosos (himnos) a María y a Jesús. Todos cantando, todos unidos, todos en familia. Daba igual la edad, los años de hermano. Todo un signo elocuente de lo que somos: ¡La Iglesia de Jesucristo reunida en la alabanza y en la comunión!

Al mismo tiempo pensaba que, como en una familia, los veteranos tenéis que acompañar los pasos de los que viene detrás. Y que la herencia a dejar es una vida cristiana que acerque a Dios y una a todos cada día más. Herederos de una fe recibida que se celebra, se comparte y se anuncia. Que ilumina la propia vida e ilumina la sociedad y el mundo del que formamos parte.

4- Impresiones que se van afianzando.

Me agrada enormemente ver que la Hermandad tiene conciencia de estar integrada en la vida cotidiana de la Parroquia. Y que la vida cotidiana de la Hermandad enriquece la pastoral parroquial.

Este es el camino a seguir. Conocer a Jesucristo de la mano de María, celebrar la fe en comunidad y vivirla en la caridad del trato cotidiano y de la fraternidad de las relaciones humanas.

Concluyo: Estoy a vuestra entera disposición para crecer junto a vosotros, como persona, creyente y sacerdote. Estoy para compartir con vosotros lo que soy como persona, creyente y sacerdote. ¡Muchas gracias a todos!

A handwritten signature in black ink, appearing to be 'Amy', with a long horizontal stroke underneath.